

Los tiempos de la filología: una historia americana



Juan Antonio Ennis

Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata - CONICET, Argentina

Enviado: 19/12/2017. Aceptado: 14/06/2018.

Resumen

Se propone aquí un doble acceso a la pregunta por el futuro de la filología: por una parte, un estado de la cuestión en cuanto a la pregunta por la misma en los debates actuales de la teoría, y algunas líneas iniciales acerca de las posibilidades que ofrece una crisis tantas veces vista como terminal. Por otro lado, se ofrecen algunas perspectivas de trabajo para la historia de la filología en América Latina en el siglo XIX, a partir de tentativas que hacen visible su problemático y precario emplazamiento entre lengua, literatura y política. El futuro de la filología, se propone y se deduce, sólo se ve posible a partir de una destrucción del tiempo que definió sus objetos y procedimientos en el momento de su apogeo, y de una necesaria disolución de los límites entre sujeto y objeto, teoría y corpus, que permita a las prácticas asociadas con ese nombre afrontar las demandas de nuevos contextos y condiciones materiales de producción, transmisión y gestión de la cultura y sus políticas, esto es, una vez más, aprender a leer.

Palabras clave

Filología
Siglo XIX
América Latina
Linguística
Historia de la lengua

The Times of Philology: an american History

Abstract

We propose here a double access to the question about the future of philology: on the one hand, a state of the art regarding the inquiry on philology as a discipline and a practice in the current debates of the theory, and some initial sketches on the possibilities opened by a crisis so many times seen as terminal. On the other hand, some working hypotheses are offered for the history of philology in Latin America in the 19th century, attempting to make visible its problematic and precarious location between language, literature and politics. As it is tried and deduced, the future of philology is only possible on the basis of a destruction of that form of time that defined its objects and procedures in its very heyday, and a necessary dissolution of the boundaries between subject and object, theory and corpus, which allows the

Keywords

Philology
19th Century
Latin America
Linguistics
Language history

practices associated with that name to face the demands of new contexts and material conditions of production, transmission and management of culture and its policies – that is, once again, learning to read.

1. Quiero expresar un especial agradecimiento a la Dra. Eugenia Ortiz Gambetta, por su valiosa ayuda en la discusión y corrección del manuscrito.

Presente incierto¹

1.

La filología, se sabe o se presume, siempre ha sido una disciplina abocada a la gestión del pasado. Es, probablemente, el dispositivo privilegiado para la gestión de la tradición en la Modernidad. A partir del siglo XVIII, y sobre todo a lo largo del siglo XIX, la crítica y la lingüística construyen sobre su base (aun cuando manifiestan abiertamente su escisión con respecto a ella) el archivo de la nación, las tradiciones sobre las que se sostiene la articulación de una continuidad histórica para el sujeto que, después de la Revolución Francesa, debía convertirse en depositario del *imperium* secular, el pueblo. Esto al menos vale para la tradición europea, que se impone y es vista en muchos casos como modelo para la construcción política incluso en las más remotas periferias. Tal es el caso incluso en el panorama tan incierto como novedoso de las nacientes repúblicas americanas, cuyas clases dirigentes presentan ocasionalmente una preocupación por este quehacer, e incluyen su ausencia de vez en cuando en el inventario de las carencias heredadas.

Giambattista Vico es probablemente quien de manera más efectiva instala en el horizonte del pensamiento moderno la cuestión de la filología, y lo hace en términos que aún antes del desarrollo de todas sus formas más especializadas, definen con claridad las que devendrán sus características propias. En primera instancia, porque la filología viene asignada en la *Scienza nuova* (1725/1744) a una pretensión o deseo irrecusablemente modernos de novedad para entender aproximadamente todo aquello que concierne al hombre en la historia (tal la célebre definición, “o sia la dottrina di tutte le cose le quali dipendono dall’umano arbitrio, come sono tutte le storie delle lingue, de’ costumi, e de’ fatti così della pace come della guerra de’ popoli”). A esto se agrega un deslinde que, nuevamente, a pesar de la aparente desmesura del objeto de la definición, da cuenta a largo plazo de todo un *ethos* para la práctica filológica: se trata del arte de dar forma a las certezas a partir de la investigación de “l’autorità dell’umano arbitrio”. A la filosofía, que “contempla la ragione, onde viene la scienza del vero”, opone la filología, que “osserva l’autorità dell’umano arbitrio, onde viene la coscienza del certo” (I, II, X). Así incluye en la clase de los filólogos a “tutti i gramatici, istorici, critici, che son occupati d’intorno alla cognizione delle lingue e de’ fatti de’ popoli, così in casa, come sono i costumi e le leggi, come fuori, quali sono le guerre, le paci, l’alleanze, i viaggi, i commerci” (Vico, 1976: 84). Esta certeza, observaba Isaiah Berlin, permitía a Vico postular para la *fantasia* reconstructiva de este saber humanístico – llamado filológico – una clara superioridad en el acceso al saber sobre el mundo y sobre la historia.² Una certeza análoga a la que un siglo después afirmarían para las ciencias del lenguaje algunos entre los más célebres representantes de la que V. F. López llamaba “ciencia nueva de este siglo”. Así Jacob Grimm primero, o August Schleicher después, podían confiar en la posición aventajada de los estudios del lenguaje al contar con un corpus extendido en el tiempo para la documentación del devenir de su objeto, gracias a la escritura, que permitía tanto responder a la pregunta por el origen como confiar en cierta capacidad de predicción.³

2. “Vico, of course, thinks he can do better, and attain to a degree of certainty beyond mere probability by the use of his reconstructive *fantasia*; for him humane studies – ‘philology’ – can claim superiority over the natural sciences concerned with the opaque external world” (Isaiah Berlin, 2013: 191).

3. Sobre esto hemos profundizado en trabajos anteriores (Ennis, 2014b, 2015b).

Es así, como conocimiento técnico antes que teórico (o como técnica garante de la teoría), que el deseo de la filología llega hasta aquí. Entremedio, claro, sufre sus avatares. Poco después de que Wolff ensaye el gesto de institucionalizar su práctica al inscribir junto a su nombre la descripción *studiosus philologiae*, la búsqueda de esa certeza para elucidar

las leyes de la evolución de los pueblos en la historia a partir del examen del archivo de las lenguas definirá el espacio que ambicionaba como propio y así diverso del de la filología. Esta emancipación, sin embargo, se da sobre la base de una matriz técnica y teórica que la crítica ha sabido describir con claridad en el evidente parentesco entre *stemmata* textuales y *Stammbäume* lingüísticos (v. Errington, 2008).

En la introducción a un volumen colectivo reciente, que se ocupa justamente de realizar un ambicioso repaso de la esencia e historia de la filología en un vastísimo arco cronológico y geográfico (“che son i due occhi della storia”, decía Vico en *La Scienza nuova*, 1976: 14), Michael Pollock establece como punto de partida esta aparente decadencia de la filología, madurada en los avatares epistemológicos e institucionales de las humanidades a lo largo del siglo XX. El siglo XIX la encuentra en el centro del mapa académico, como “reina de las ciencias” en Europa, con un poder epistemológico e institucional que le permitía establecer los estándares de cientificidad para toda una gama de disciplinas –más allá de lo que hoy conocemos como humanidades–, a tal punto que es el seminario filológico de fines del siglo XVIII el que proporciona el modelo para la universidad humboldtiana. Sin embargo, asevera, la filología se encontraría ahora “at the bottom of what might be called the Great Chain of Academic Being”, situación que encuentra causas diversas, aunque ninguna tan importante como la división en los campos del saber provocada tanto por la lógica de su crecimiento como por los avatares económico-políticos de las disciplinas en cuestión (Pollock, 2015: 2). La primera mitad del siglo XX asiste así a la emergencia de diversas disciplinas antes subsumidas bajo su paraguas: historias literarias nacionales, crítica y teoría literarias, literaturas comparadas, lingüística, todas ellas oportunamente “believed themselves sufficiently mature to rebel and leave home”. Esto habría conducido a una fragmentación no solamente institucional sino sobre todo intelectual, “which often took (or was thought to take) the form on the one hand of theory without practice— literary studies— and on the other of practice without theory— philology”. Esta fragmentación, al mismo tiempo, habría dejado a todas las disciplinas desprendidas del común árbol filológico aisladas a la hora de enfrentar el ataque de un mercado académico cuyos administradores no dejan de acusarlas de inutilidad, de ineficiencia mercantil: “Philology does not produce patents, say the administrators; indeed, say the students, what is the point of learning to read well when all you need to know is how to count?” (Pollock, 2015: 3).

La filología, en el pasado, emerge con funciones sociales si bien no inmediatamente declarables, igualmente visibles. Gumbrecht, observando el escenario de comienzos del XIX en el que emergen las filologías vernáculas europeas o *Neuphilologien*, las sitúa en el contexto inmediatamente posterior a las revoluciones burguesas que alumbran una nueva representación y práctica de la ciudadanía cuya imagen normativa tiende a chocarse con una vida cotidiana frecuentemente disonante con ella. Las *Neuphilologien* se cuentan entre las instituciones de mediación ocupadas de otorgar estabilidad a la esfera y función del ocio, donde la cultura impresa en general –y especialmente la literatura– proporcionaba un espacio de compensación para la disparidad entre vida cotidiana e imagen normativa. En primer lugar, señala Gumbrecht, esto se dio a través de cierta “pedagogía de la lectura” a través de la cual esta, “en sentido compensatorio, proveería a los ciudadanos con la ilusión de estar desempeñando todos aquellos papeles que les habían sido prometidos por la imagen normativa de la sociedad y que les habían sido negados en el mundo cotidiano”. Por otra parte, las nuevas disciplinas filológicas habrían cumplido también con una segunda función: “contribuir al desarrollo de la imagen normativa de la sociedad”, algo que se lograba “transfiriendo” valores y representaciones de los textos por cuya forma y disposición velaban a esa misma imagen normativa, “tal como esta estaba presente, en múltiples niveles y formas, en la esfera pública; rápidamente aceptaron como ‘literario’ cualquier texto que pudiesen utilizar en ese contexto”. Finalmente, indica el vínculo entre la especial pujanza y prestigio de estas nuevas disciplinas en un país como Alemania y su función:

En todas partes en donde las reformas burguesas fueron reacciones a situaciones y sentimientos de derrota nacional, como en Prusia, la imagen normativa de la sociedad quedó escenificada bajo la forma de la imagen de un glorioso pasado nacional, el cual fijaría los estándares para el futuro deseado de la misma nación. (Gumbrecht, 2007: 66)

Esta gestión del pasado en la imagen normativa de la sociedad como asidero para la proyección hacia un futuro más venturoso que el presente aciago de la derrota a partir de la elaboración de un relato de la necesaria unidad nacional allí donde esta no estaba asegurada funciona tanto para la Alemania de comienzos del siglo XIX como para España después del 98 como marco de emergencia del *monumentum* filológico nacional erigido por Menéndez Pidal. Así, insiste, “es interesante ver que, a través del siglo XIX, los sentimientos y situaciones de derrota nacional siguieron generando, de modo bastante regular, movimientos que le dieron una impronta histórica y nacional a la filología” (Gumbrecht, 2007: 67).

La filología y la lingüística como “ciencia nueva” aparecen en primera instancia con todo su prestigio como índice del desarrollo de las naciones que pueden permitírselas. De tal modo, la ineficiencia mercantil de la filología hubiera sido una demanda intolerable para el horizonte intelectual de la modernidad que sienta las definiciones del saber científico, y que en el caso de la emergencia de las ciencias del lenguaje se caracteriza precisamente por encontrar su finalidad en el conocimiento mismo de su objeto, más allá de otras servidumbres. La lingüística decimonónica, así, al definir y defender su competencia específica sobre el objeto “lengua”, lo hace diferenciando su práctica de la filología y la gramática tradicionales, en tanto fija su rol como observador neutro de un proceso en el cual de todas formas difícilmente pueda incidir, y modifica la lógica de medios y fines que gobierna la práctica de la que proviene: ya no se trata de estudiar la lengua para fijar los textos de la tradición (o, como lo reformulará Benfey (1869: 1), siquiera para aprenderla como lengua extranjera, para su uso), sino de estudiar la lengua en sí misma, en la lógica de su desarrollo naturalizado en la historia como evolución orgánica regular y pronosticable.⁴ Sin embargo, para ampliar el campo de visibilidad de ese objeto, había que ampliar la mirada y hallar muestras, lo que demandaba la producción de un corpus que, de todas formas, para situarse en una tradición, necesitaría una lengua o familia de lenguas, la regularidad de una forma o un proceso de variación y cambio. En suma, se trata de un marco de referencia que seguirá siendo en buena medida el de la literatura, pero esta vez el de una literatura vernácula que procura dar forma a su archivo incluyendo un nuevo productor para sus textos, reverso de la élite letrada tradicional y depositario de la forma auténtica (ya que no legítima) de la lengua y la tradición: el pueblo. Los mecanismos de producción del valor, de reconstrucción, elaboración y clasificación de las formas (del relato, de su lengua, del sujeto que permite divisar, de las morales que contribuyen a ordenarlo y de las continuidades que permite establecer) se revelan así no solamente como detalles en la historia técnica de una disciplina, sino como avatares en la formación del mismo objeto, donde el estudioso de la lengua no puede dejar de atender a la complejidad del proceso de producción y transmisión de sus textos.

4. He trabajado previamente sobre este punto, con especial referencia a Grimm y Schleicher, por lo que me permito remitir para un desarrollo más preciso a esos textos (Ennis, 2014a, 2015a).

Como hemos insistido en trabajos recientes (Ennis, 2014b, 2015b, 2016, 2017), y en coincidencia con desarrollos como los de Errington (2008) o Bauman y Briggs (2003), hay una política de la lingüística moderna que tiende a organizar económicamente la realidad de su objeto, de manera tal que la equivalencia entre las lenguas en el plano común de los sonidos –a partir del principio de la separación de lengua y representación que explicaba Foucault (2005: 274ss.) como aporte decisivo del paradigma histórico-comparativo– implica no solamente la disposición

de un patrón homogéneo para dar cuenta de la historicidad de las lenguas en sus mecanismos de evolución interna, sino también, en el mismo movimiento, un modo preciso de articular lengua y corpus, cultura letrada y cultura popular, variación y cambio.

Filología americana: cómo hacerse de un pasado en el siglo XIX

1.

La avanzada napoleónica sobre Europa conoce varias escenas en las que la historia intelectual y la política bélica se cruzan significativamente. El de Hegel y la visión del *Weltgeist zu Pferde* al abandonar Jena en 1806, según cuenta la leyenda, acarreado el manuscrito de la *Fenomenología del espíritu*, quizás sea el ejemplo más célebre. Walter Porzig presenta otra de estas imágenes, ya cerca de la caída de Napoleón:

Quando en marzo de 1814 los ejércitos aliados se acercaban a París para poner fin al imperio de Napoleón, estaba sentado en la Biblioteca Nacional un joven alemán que se ocupaba en comprobar la estructura religiosa y erudita de los antiguos indios, del sánscrito, por un voluminoso manuscrito, al traducirlo parcialmente. En la inmediata cercanía se precipitaban acontecimientos decisivos para la historia de Occidente, pero el joven erudito se hallaba entretanto en la remota lejanía y tiempos remotos en camino de aprender sucesos de la historia universal que han dado el sello a varios milenios hasta sus días y los nuestros, y cuyo decurso no ha concluido todavía hoy.⁵

Francisco Javier Pérez (2016: 61) recupera esta cita para trazar en ella un paralelo con Bello, quien en ese entonces solicitaba en Londres el “reader’s ticket” más antiguo que a su nombre conservó la biblioteca del Museo Británico (Jakšić, 2015: 183). Este divorcio entre filología y política que las imágenes concitadas ponen en escena, se sabe, es sólo aparente. En el caso de Bopp, que obtendría su cátedra en Berlín gracias a Humboldt en 1821, el desarrollo de una teoría y método para el estudio comparado de las lenguas sólo encuentra su explicación política a través de una serie de mediaciones dadas por la relativa autonomía de un saber científico en trance de afirmarse como tal. En el de Bello, por el contrario, el tránsito de la biblioteca a la labor del erudito en la construcción del Estado se ha ilustrado como un paso de la filología a la gramática, del estudio desinteresado a la función pública del intelectual en la formación de ciudadanía (Henríquez Ureña al menos lo postulaba así).⁶

El trabajo de Bello en la sala de lectura del Museo Británico quedó registrado en lo que se conoce como los *Cuadernos de Londres*, probablemente último resto inédito en el legado del gran caraqueño, que acaban de ser publicados en Chile, editados por Iván Jakšić y Tania Avilés. De acuerdo con el prólogo de los editorés, se trata de 13 cuadernillos escritos durante su residencia en la capital británica (1810-1829), más precisamente durante el período entre 1814 y 1823. Estos cuadernos, se ha destacado, constituyen una fuente inapreciable para la comprensión del resto de la obra de Bello, y en buena medida entender a Bello es entender instancias fundamentales de la historia política e intelectual del continente en el siglo XIX.⁷

Andrés Bello llega a Londres en 1810, integrando junto a Bolívar y López Méndez la legación enviada por la Junta de Caracas con el fin de obtener el apoyo político, logístico y económico de Inglaterra, en la que aparecía –a pesar de su declarada independencia con respecto al Consejo de Regencia– como una empresa fundada en la lealtad a la monarquía depuesta por Napoleón y en la causa común con Inglaterra contra su invasión de los dominios españoles. Disuelta la Junta y al menos temporalmente

5. La cita proviene del libro de Porzig *El mundo maravilloso del lenguaje. Problemas, métodos y resultados de la lingüística moderna* (Madrid, Gredos, 1970), y ha sido extraída aquí del sugestivo artículo de Francisco Javier Pérez consignado en la bibliografía.

6. Pedro Henríquez Ureña escribió en su *Utopía de América* que Cuervo era un gramático que, yéndose a París, terminó siendo filólogo, y Bello un filólogo que, puesto ante las urgencias de la vida pública americana, terminó siendo gramático (1989: 276-277).

7. Todas las observaciones acerca de los cuadernos se basan aquí fundamentalmente en los trabajos de Iván Jakšić y Tania Avilés, a los que remito para mayor detalle (sobre todo Jakšić, 2010, 2015; Avilés, 2016; Jakšić y Avilés, 2017).

frustrado todo proyecto emancipatorio en Venezuela, Bello permanece varado en Londres, donde atravesará circunstancias de extrema necesidad durante varios años, a pesar de las cuales –o incluso, según algunos, gracias a ellas– dedicaría largas horas al estudio en la sala de lectura de la biblioteca en el Museo Británico. Trasladado a Chile en 1829, lleva consigo estos cuadernos, a los que sólo parece haber vuelto a recurrir mucho después.

El contenido de los cuadernos consiste sobre todo en notas de estudio, transcripciones de diversos volúmenes que examina en la biblioteca, y que luego, en algunos casos, retoma en trabajos de esa etapa o etapas posteriores. No analiza aún, sólo recolecta, apunta, copia, resume, observa. El volumen, ha precisado Tania Avilés (2016: 19), es una transcripción de una transcripción. Se ha transcrito de sus cuadernos lo que Bello transcribía de los volúmenes que consultaba en la biblioteca londinense. Sólo eso y sus observaciones, los puentes que tiende de vez en cuando entre un libro y otro, un pasaje y otro. Este carácter de apuntes y la proverbial necesidad económica sufrida por Bello en esos años explican un rasgo material de los mismos subrayado por sus editores: la escritura llena toda la página, no hay margen que se deje sin utilizar.⁸

¿Con qué llena esos espacios Bello en su destierro londinense? ¿Qué hace allí el futuro fundador de la Universidad de Chile, legislador durante décadas, publicista prolífico, participante decisivo en la redacción de la Constitución, autor del Código Civil, de una *Gramática* de lucidez y rigor impensados para su época y vigentes hasta hoy? Estudia, copia, transcribe. ¿Qué estudia? Filología. Entre otras cosas, claro, entre múltiples trabajos. Pero sobre todo se ocupa de eso, de estudiar lenguas y literaturas antiguas, remotas, que conducen a la propia.

La primera hoja del primer cuaderno puede servir de botón de muestra. Lleva la indicación, a modo de título, de la materia: “Prosodia. Versif[icación]”, y tras ello una larga cita de las notas de Richard Bentley sobre la versificación de Terencio. El primero es el único cuaderno que viene acompañado de un índice en la contrapunta. La mayor parte está dedicada a cuestiones relativas a los orígenes de la versificación romance, y consigna entre las fuentes consultadas un “antiquísimo documento del romance en Nithardo”, los *Serments de Strassbourg*, que transcribe del *Glossarium* de Du Cange, y para los que, excepcionalmente, ensaya una traducción.⁹ En los siguientes, el recorrido de Bello, que sigue la tónica en ocasiones de investigaciones que luego veremos sintéticamente publicadas en la *Biblioteca Americana* de 1823, el *Repertorio Americano* de 1826/27 o más tarde en Chile, trasunta volúmenes diversos, con un interés constante en la historia y literaturas de la Europa medieval, que en los últimos cuadernos se concentra en la materia cidiana y otros materiales próximos del Medioevo hispano, pero que antes ofrecen un amplísimo espectro de lecturas, desde Ellis o Du Cange¹⁰ hasta la *Danica Literatura antiqvissima, Vulgo Gothica dicta luci reddita Opera* de Ole Worm, publicada en 1651, donde se detiene a estudiar las formas de escritura rúnica. Es notable el interés por los ciclos artúricos, carolingios, por la historia y la leyenda de Inglaterra y Francia, con la constante preocupación por la historia de la lengua, la transmisión de la materia narrativa y sobre todo las formas métricas.

La primera persona se confunde a veces en la transcripción o la traducción (es el caso con los largos pasajes de Ellis), asumiendo un nosotros inglés que termina de desdibujar casi por completo a un escriba que apenas esboza juicios de valor, señalando aquí y allá detalles técnicos, dónde se usa qué tipo de metro o rima, prefiriendo la transcripción directa en algunos casos, el resumen austero en otros, llevando a sus cuadernos historias, crónicas, *Chansons de Geste*, romances.¹¹ La finalidad es el estudio, no aún la edición, que de todos modos comienza a concebirse allí, al menos con respecto al Poema del Cid.

8. “Tal vez el aspecto más impactante de estos manuscritos sea el grado de concentración de Bello en las temáticas tratadas, puesto que rara vez se aparta de ellas para anotar sus propias conclusiones, y casi nunca da información que pueda considerarse personal, o incluso consignar fechas de composición. [...] La escritura llena todos los espacios posibles, incluyendo las tapas” (Jakšić, 2015: 182-183).

9. “(Por el amor de Dios, y por el Cristiano pueblo, y nuestro común salvamento, deste día en adelante, en cuanto Dios poder y saber me done, sí salvaré yo aqueste mi hermano Carlos, y en ayuda, y en cada una cosa, así un hombre por derecho su hermano salvar debe (léase dust, dice Dis[t])” (Bello, 2017: 72).

10. Charles De Fresne, Señor Du Cange, *Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis*, París, Osmont, 1733-1736 y George Ellis, *Specimens of Early English Metrical Romances*, Londres, Longman, Hurst, Rees and Orme, 1805.

11. Un síntoma notable de este borramiento de la primera persona se nota en la celebración de su emergencia: “También es posible detectar momentos de genuino entusiasmo por la investigación que se encuentra realizando. Bello se caracterizaba por ser muy reservado, llegando al punto de no utilizar su nombre en documentos u obras o de usar solo iniciales, pero en uno de los cuadernos utiliza con orgullo y firmeza el pronombre de primera persona singular para documentar un descubrimiento” (Jakšić y Avilés, 2017: 18-19). Una ocasión en un volumen de unas 900 páginas parece ofrecerse como un uso bastante moderado del pronombre.

No hay curiosidad malsana que pueda verse satisfecha en estas notas, sin embargo íntimas, de uno de los más públicos escritores de su tiempo. Como un amanuense medieval (“trabaja comentando comentarios y citando fórmulas autoritativas, con el aire del que nunca dice nada nuevo”, tal la fórmula de Eco (1997: 11)), Bello prescinde de los trazos más visibles, de la exhibición del yo, y nos deja delante del rigor de su investigación, de un trabajo de transcripción, que siempre es interpretación, reordenamiento, donde apenas asoma en las desinencias y los pronombres una primera persona que muy de vez en cuando opina.

Su preocupación, a lo largo de cientos de páginas: los orígenes de la versificación en la poesía vernácula. Los cantares de gesta, el Cid. Transcribe el latín, el griego, el inglés medio y el francés antiguo, algunos pasajes nórdicos, habla de juglares, monjes, escaldos y goliardos, comenta libros o manuscritos hoy desaparecidos,¹² hace, sobre todo eso, filología. Transcribiendo, seleccionando, conservando, explorando los textos del pasado podemos ver al intelectual clave de un proceso como la emancipación americana, que no se sabía aún hacia dónde iba ni qué forma asumiría, escrutando los códices y volúmenes de una Edad Media que recién comenzaba a adquirir la forma y el lugar que la filología y la historia del XIX le otorgarían en la conformación de nuestra geografía política.¹³

En ese aspecto, el largo e inacabado trabajo de Bello sobre el Cid cobra toda su significación política –como lo han sabido señalar tanto Jakšić como Altschul (2009, 2012). En otra parte (Ennis 2014b) hemos estudiado el modo en el cual la trunca empresa cidiana de Bello es perfectamente consistente con el lugar de su obra en su época, con los pilares fundamentales de la *Gramática* de 1847 y el *Código Civil* de 1855, en tanto representa el afán de construcción de un archivo, a fin de cuentas, aquel servicio que la filología vernácula venía prestando en Europa a la construcción de las naciones modernas y su solidez y continuidad como sujetos de la historia. La vocación de unidad y orden que su labor codificadora persigue encuentra aquí su sustento. Terminado el *Código Civil*, vuelve a la épica. “Bello tiene que ordenar el mundo tumultuoso, contradictorio, dilatado de América, para interpretarlo”, escribió Germán Arciniegas (1946: 23). La búsqueda de ese orden principia en una biblioteca, en el aprendizaje y el ejercicio del quehacer filológico. Iván Jakšić ha subrayado cómo ese paciente trabajo filológico encuentra su sentido si se lo lee a la luz del proceso de independencia y sus vaivenes, y reside “en la búsqueda de claves para comprender el colapso imperial y el surgimiento de las naciones”. Esta búsqueda se ve orientada a su vez por la fe de Bello en la obtención de la unidad política a través de la unidad lingüística, de modo tal que allí, en la sala de lectura del Museo Británico, Bello habría encontrado su lugar en ese proceso que observaba a la distancia, modelando “el proyecto de estructurar la nacionalidad independiente sobre la base del cultivo y adaptación del castellano a las nuevas realidades políticas, y en contacto cercano, además, con la promoción del imperio de la ley” (2015: 189).

La labor de Bello abunda en el doble ejercicio filológico de la *traditio* y la *translatio*, esto es, de la transmisión a través de la adaptación, la generación de un orden nuevo con los fragmentos de otro. La *translatio imperii*¹⁴ –en este punto el interés en todo lo que rodea a la figura de Carlomagno es sintomático– es un trabajoso ejercicio para un intelectual que vive el proceso de transformación de la estructura virreinal en repúblicas criollas y que debe, justamente, otorgar un sustento, en la lengua, la ley, los dispositivos de regulación de la vida pública en general.¹⁵

Los *Cuadernos* presentan, de acuerdo con Gumbrecht, una primera instancia de un caso a la vez eminente y excepcional de *Bildung*, justamente en el momento en que el término se consolida como imagen de la formación integral del intelectual moderno como figura pública. Bello aparece así, nuevamente, como un intelectual entre dos

12. Es el caso, por ejemplo, del *Voyage de Charlemagne*, al que dedica largas páginas. Acerca de este manuscrito, puede verse el trabajo de Rossi (2005).

13. Henríquez Ureña ya lo destacaba en *Las corrientes literarias en la América hispánica*: el artículo publicado en el *Repertorio Americano* en 1827 (y luego reproducido sin mencionar su procedencia en el *Tesoro de los Romanceros y de los cancioneros españoles* publicado por Eugenio de Ochoa en París en 1838) “demostró el origen latino medieval de la asonancia, considerada entonces como exclusiva peculiaridad de la poesía española, y probó su existencia en el antiguo francés apoyándose en poemas que leyó en manuscritos cuando aún no se había editado la *Chanson de Roland*” (1954: 106).

14. Nadia Altschul ha indicado cómo esta figura contribuirá a sentar la posición de Bello en los debates de 1844 con Lastarria, a la hora de gestionar una herencia para la nación criolla que no prescindiera de su raigambre hispánica, una forma si bien deslucida, aún viable de permanecer en la Historia que avanzaba hacia Occidente: “Bello had used the image of *translatio studii et imperii* in 1844, in a reply to José Victorino Lastarria that asserted the positive aspects of Spain's ruling over the Americas. To reply to Lastarria's negative view of Spanish colonization, Bello used the image of *translation* and placed Spain as a recipient of the spirit of Rome: “La misión civilizadora que camina, como el sol, de oriente a occidente, y de que Roma fue el agente más poderoso en el mundo antiguo, la España la ejerció sobre un mundo occidental más distante y más vasto” (OC, 19: 165). Romanized Spain had received *studii et imperii* from Rome and had benevolently bestowed it on its own colonial offspring, perhaps even showing more prominence than Rome (as Bello implied) because of the great distance and vastness of the Western geographies civilized by the Iberian empire” (Altschul, 2012: 170).

15. Beatriz González Stephan (1995) ofrece una mirada interesante sobre el carácter disciplinador común a gramáticas y otras intervenciones sobre la lengua, códigos civiles y manuales de urbanidad en la obra de Bello como escrituras disciplinadoras. En un trabajo más reciente, Barry Velleman adapta el modelo de los nacionalismos entrelazados elaborado por SPIN (The Study Platform on Interlocking Nationalisms, www.spinnet.eu), a un examen a la vez global y sintético de la obra de Bello, que permite observar con claridad la coherencia de sus intervenciones en los distintos planos (Velleman, 2014: 183-184).

épocas, en la medida en la cual participa de dos cronotopos: uno que se desarrolla entre los siglos que siguen al final de la Edad Media y alcanzan la Ilustración, donde el pasado recuperado en la forma de los clásicos –y ahí la filología como técnica encuentra su desarrollo y prosperidad– cumple una función normativa para el presente; el otro, que encuentra en Hegel su formulación más compleja y sistemática, donde el principio dominante es el de la evolución (Gumbrecht, 2017: 865-867). Bello compartiría esta excepcionalidad, de acuerdo con Gumbrecht, con figuras de la talla de Friedrich Hölderlin y Jacob Grimm. El pasado que el filólogo moderno exhuma, así, no abandona su condición de espejo en el que mirarse, de horizonte normativo al menos en líneas generales, pero al mismo tiempo se concibe fundamentalmente como medio de comprensión de un devenir, como incorporación o apropiación de un pasado que permita integrar a su intérprete –y a la comunidad para la cual realiza su trabajo de interpretación– en el continuo de la historia, en la posición de sujeto privilegiado que en ella asume la Europa occidental. Probablemente por eso, el primer filólogo americano es sin dudas Andrés Bello. Es decir, el primero que piensa políticamente el trabajo sobre una tradición textual, que puede hacer de esa *Bildung* predominantemente filológica la base necesaria para la construcción de dispositivos políticamente decisivos para la formación de ciudadanía y de un espacio público para las repúblicas emergentes en América.

2.

El 23 de octubre de 1870, Juan de Arona daba a conocer en *La estrella de Chile* –publicación ligada al partido conservador en Chile, de fuertes convicciones católicas– una breve serie de columnas tituladas “Filología”, que comenzaba así:

Difícil cosa es en los tiempos que alcanzamos saber a qué atenerse en materia de ortografía (que es uno de los ramos de la filología), desde que dos autoridades, igualmente poderosas, se disputan la palma: estas dos autoridades son la etimología i el uso, siendo mucho mayor el número de prosélitos de este último, como que está mas al alcance de todo el mundo que aquel otro ramo científico, cuyo estudio es tan descuidado i acerca del cual no hai ninguna obra española que pueda competir ni remotamente siquiera con alguna de las muchas buenas que a la materia han dedicado Alemania, Inglaterra i aun Francia; Alemania principalmente (Arona, 1870: 38-39).

La controversia que Arona traía a cuento aquí no era nueva. Venía desarrollándose tanto en España como en América desde hacía tiempo a lo largo de todo el voluminoso corpus de la discusión por la gestión de la ortografía oficial y su unidad en el antiguo territorio imperial. La *Educación popular* de Sarmiento, por ejemplo, abundaba en pullas a la Real Academia por su falta de criterio en este punto, que Bello también había subrayado antes. Lo interesante, sin embargo, es la elección del título. Arona, pionero en la lexicografía del español americano,¹⁶ entendía aquí bajo “filología” fundamentalmente –además del sello del prestigio disciplinar foráneo– la gestión de la ortografía oficial en países que pretendían abrirse a procesos de alfabetización masiva y expansión de la cultura impresa, esto es, la explicación letrada de un problema político o glotopolítico. Explícitamente enunciado allí: el problema de la autoridad, a definirse entre la etimología y el uso. Sin embargo, la oposición no funciona aquí como lo hará en otros casos –por ejemplo, desde Sarmiento hasta Caro–, sino que tiene una traducción política inmediata y matices llamativos. En cuanto a los últimos, no se opone norma y uso, identificando a la primera con la tradición heredada, sino que, aquí sí, bajo la autoridad de la etimología se entiende la autoridad científica en el estudio del lenguaje, geográficamente situada en Alemania, Inglaterra y Francia, y notablemente ausente de la Madre Patria. Las únicas obras destinadas al estudio de la lengua que, de acuerdo con

16. Acerca de Juan de Arona, pueden consultarse los trabajos de José Carlos Huisa Téllez (2013, 2015, entre otros).

Arona, podían considerarse “filológicas” provenían de América, y eran más precisamente las de Irisarri y Bello. En cuanto a la traducción política, Arona recurre aquí a un uso más sosegado de un juego de asociaciones que ya trabajaba activamente en los debates en el Chile de los 1840, cuando entre Bello y Sarmiento se discutía la autoridad del “senado conservador” (según Sarmiento) o “consejo de sabios” (según Bello) por sobre los hábitos lingüísticos del pueblo, apelando a una oposición entre el respeto por el pasado y la irrupción del futuro, entre el orden conservador y la democracia liberal. Buscando una posición ecuánime entre ambos extremos, Arona observaba:

En el estado anárquico de la ortografía castellana, lo mejor sería lo que en todas las cosas: el término medio. Colocarse entre conservadores i liberales o sea entre etimologistas (o mejor radicales pues están por la raíz) i entre usuales, ya que no nos ocurre una espresion mas feliz para denotar a los que se ciñen al uso; ser conservador sin fanatismo i liberal sin mataperrismo (hablamos siempre filológicamente) (Arona, 1870: 39).

Arona es especialmente conocido por su *Diccionario de peruanismos*, que comenzara como “Galería de novedades filológicas” en 1861 en Londres, y que entre 1871 y 1872 publicaría en *El correo del Perú*, guiado por el principio de “emanciparnos del ya impropio calificativo de *provincialismos* con que se seguían designando los modismos o idiotismos de pueblos que habían dejado de ser provincias o colonias de España” (Arona, 1938 [1882]: 13). Allí define al “mataperro” como “[e]l *gamin* de París y el *pilluelo* o *granuja* de España. Lo natural sería decir *un mataperros* como se dice *un pelagatos*; pero el uso nuestro no lo quiere. Por extensión se llama *mataperro* al arrastrado, al cochambroso, al *maltraído* y a todo ente despreciable; y también al badulaque, al haragán” (ibíd.: 278-279).

¿Qué significa la presencia del término “mataperro” aquí? Procurando dar cuenta de las causas y características de la decadencia de la lengua española en América, alega no solamente la opinión entonces ampliamente extendida de que sencillamente, “está lejos de ser la más culta de las lenguas modernas” (ibíd.: 40), sino también un progresivo empobrecimiento de la lengua por “la indolencia propia de los sibaríticos países de la *hamaca*” (ibíd.: 41) y por el exceso en la admisión de galicismos y anglicismos. Entre la apelación a los pronombres “esto” y “cosa” y las palabras extranjeras, la lengua de los americanos se acercaría progresivamente a su ruina. El estado de lengua aparece así como un síntoma de la situación política y económica de sus hablantes. Si los americanos han perdido la comunicación y el vocabulario común con los españoles, es porque estos poco o nada tienen que ofrecer:

¡Pobres países que no tienen nada propio, si no es su naturaleza que ni ellos mismos conocen bien! Cuando esto llegue a ser mundo, ¿qué será de nosotros? Ni en ceniza existiremos sobre la tierra, i ni en recuerdo en la memoria de los pósteros, que no verán en nosotros sino las ruedas que jirando i no viviendo, descalabrándose no pensando, labraron, pulieron i prepararon maquinalmente la escena para ellos, los verdaderos hombres (ibíd.: 57).

El “hacerse mundo” de esa América que podía ver entre la decadencia y el comienzo precisaba justamente de los capitales y la tecnología de las naciones poderosas, que con sus productos incorporarían en la experiencia el elemento disgregante en el aprendizaje de nuevos nombres para nuevas cosas sin el debido control del antiguo centro normativo: “i así, dos causas diametralmente opuestas, como son la ignorancia i la indolencia *hamaguense* por un lado, i la ciencia i la precipitada actividad yankee por otro, habrán contribuido al mismo fin, a la corrupción, quizás a la destrucción del idioma entre nosotros” (ibíd.: 60).

17. A este propósito, v. Marramao (1998, cap. 3).

“Hacerse mundo”: traducción particular de un proceso que se sentía inminente, y que comprende al menos dos posibilidades conjuntas, complementarias: por una parte, la de la mundialización (el sentido más cercano al que probablemente haya estado concibiendo Arona) en tanto expansión y generalización del mercado-mundo moderno, la entrada en un orden común, que implicaba asimismo la adopción de las reglas del juego del capitalismo moderno; por la otra, la de la secularización (como en el alemán *Verweltlichung*),¹⁷ que en este punto no asumía la forma más o menos abstracta y progresiva de la muerte de Dios, sino la abierta disputa por el poder político y la soberanía territorial –que se pone en evidencia en el interés constante y sostenido con el que las diversas publicaciones de la época siguen el conflicto en torno a la soberanía eclesiástica o secular sobre Roma, la infalibilidad papal y el *Syllabus errorum*.

3.

Campeón de esta causa en el lado conservador, en lengua y política, era Miguel Antonio Caro, que en 1871 había sido uno de los principales artífices de la fundación de la primera Academia correspondiente a la lengua española, la Colombiana, y había fundado también su periódico *El tradicionista*, órgano de su partido católico. Caro contribuye también a este número de *La Estrella de Chile*, con un poema enfáticamente recomendado por los editores, inmediatamente después de la columna de Arona, titulado “La confusión de lenguas”. El poema narraba las distintas instancias de la historia bíblica de la caída encadenándola al mito babélico, y reunía en una estrofa la desconfianza hacia los intentos de reconstrucción de la lengua del origen que habían obsesionado a la lingüística moderna con la ponderación de la unidad de la lengua como estado de gracia:

En vano investiga el sabio
Aquel primitivo idioma,
Lleno de luz i de aroma,
del adámico pensil.
Perdióse, perdióse el habla
Que la verdad santa inspira,
I en su lugar la mentira
Forja audaz dialectos mil.

18. “... no es menos cierto que los americanos buscaron fuerza contra España, en la unidad misma de lenguaje que a España debían. De unidad semejante estuvieron privados los primeros moradores de estas comarcas, cuya impotencia para resistir al empuje del conquistador europeo, fue proporcionada a la variedad prodigiosa de sus lenguas. Singular espectáculo, que simbolizó la importancia de la unidad, presentan en nuestra historia los tres conquistadores que asomaron a un mismo tiempo sobre la explanada de Bogotá: en el primer momento sintieron impulsos de poner mano a la espada para disputar el prez del descubrimiento; pero no faltó allí voz que impulsase la conciliación, porque había una lengua que todos ellos entendían, y que a todos ellos hablaba en nombre de la religión y de la Patria. Que si la unidad de lenguaje ha sido siempre una bendición de Dios” (Caro, 1921 [1874]: 83).

Caro, a lo largo de todo su trabajo, pero particularmente a partir de la fundación de *El tradicionista* a comienzos de la década, se había convertido en abanderado de la causa católica y conservadora en la arena pública, y en uno de los principales defensores de la simultánea fidelidad a Roma y a Madrid (Ennis, 2013; Ennis y Pfänder, 2013). De acuerdo con Caro, religión, lengua, costumbres, tradición: todo ha sido transmitido de generación en generación de los conquistadores a los criollos, que son los verdaderos sujetos de la historia Americana. Por entonces establece también –en el primer volumen del *Anuario de la Academia Colombiana*– que había sido la unidad de la lengua española lo que había hecho posible la unidad de las antiguas colonias en la lucha por sus independencias, a fin de cuentas un mero incidente interno.¹⁸ Más o menos simultáneamente, sin embargo, la ponderación de la labor filológica de Caro servía a un americanista de convicciones políticas diametralmente opuestas como Juan María Gutiérrez para subrayar el adelanto en materia filológica de los americanos frente a los españoles. El ensayo sobre “Virgilio en América” –aparecido primero en la *Revista del Río de la Plata*, y luego, debidamente censurado, como prólogo de las traducciones virgilianas de Caro– ponderaba justamente la gestión de la herencia textual de Occidente, la traducción cuidada y estudiada de los clásicos de Roma por un ciudadano de América. Y en ese punto, nuevamente, filología y política volvían a su necesaria convivencia: no sólo representaban un logro por la resolución feliz de

la compleja tarea de traducción que deparaban, sino que además resultaban la lectura virgiliana más adecuada para las humanidades en América: “Un arado fue el cetro de Cincinato, y debe ser el instrumento con que los hijos de las repúblicas prefieran labrar su fortuna” (Gutiérrez, 1923 [1875]: xx).

La ponderación de la utilidad didáctica y por tanto civilizatoria de las geórgicas entrañaba un homenaje, desde luego, al primer filólogo americano, que en “La agricultura en la zona tórrida” había llamado a los dueños del campo (“¡Oh! Los que afortunados poseedores / habéis nacido de la tierra hermosa”) a hacerlo productivo, abandonando el derroche citadino y fomentando una economía industrial (“¿Amáis la libertad? El campo habita”). El homenaje, por supuesto, se explicita en el mismo párrafo, y en algún modo tiende un puente entre el crítico y el traductor, que en tantos aspectos no podían menos que permanecer en perpetuo antagonismo. La memoria de Bello, a la que Caro dedicaría más de un ensayo y a la cual recurriría como apoyo en la polémica repetidamente, vuelve aquí en la escritura de Gutiérrez para completar la americanización de Virgilio:

El autor de la “Agricultura en la zona tórrida” hizo con sus admirables versos un valioso presente intelectual y económico a la juventud americana, tentándola a admirar y aprovechar los pingües tesoros de los variados climas en que habita, al mismo tiempo que con mano maestra le mostraba cómo el espíritu de las letras clásicas puede animar, embelleciéndolas, las producciones de la moderna literatura. La obra incompleta de Bello pudo convertirse en las Geórgicas sudamericanas si hubiera tenido imitadores inspirados, como el iniciador, en un pensamiento de patriotismo y de civilización a un tiempo (ibíd.: xx-xxi).

La concepción de los versos como presente intelectual y económico ilustra con claridad el valor de una literatura primera, inaugural, que se propone gestionar una tradición, incorporarse a ella haciéndola propia, y hacerlo a través de su relación con la tierra: no sólo aquella en la que se ha nacido, sino sobre todo la que se posee. Y, una vez más, la posibilidad de esa tradición, de la perpetuación de ese presente, se presenta como trunca.

Intelectual y económico, el trabajo de Bello que la biografía de Jakšić sintetiza felizmente en su título, *La pasión por el orden* (2010), era el que había instalado en el horizonte de los debates de la organización americana la pregunta que Arona retomaba bajo el título de “filología”, esto es, la pregunta por la ortografía. Y lo hace, en sus diversas intervenciones, en nombre de una razón ordenadora, que no tolera la contemplación gratuita, sino que siempre vincula lengua y propiedad (v. Ennis, 2015b), propiedad y producción: “Uno de los estudios que más interesan al hombre es el del idioma que se habla en su país natal. Su cultivo y perfección constituyen la base de todos los adelantos intelectuales” (Bello, 1985: 459). La primera empresa pública americanista de Bello en Europa, o al menos la primera de magnitud, la *Biblioteca Americana*, contiene de su pluma la “Alocución a la poesía” y las “Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América” (1823). Las instituciones que surgen o funcionan bajo su mandato o patrocinio promueven esta empresa en Chile, argumentando desde las páginas de *El Araucano* y sancionando, poco después de fundada la Universidad de Chile, la más duradera intervención sobre la norma escrita del español por fuera de la Real Academia de Madrid.

4.

Pocos años antes, en el n° 28 de la *Revista de Buenos Aires*, el mismo Juan María Gutiérrez se había ocupado de presentar un fragmento de una obra que su “amigo y condiscípulo el Dr. Vicente Fidel López” estaba a punto de terminar, y que probaría “con hechos que la inteligencia argentina es apta para el cultivo de todos los

19. En otra parte ofrecemos un análisis más detenido de estos trabajos de López (Ennis, 2018).

ramos del saber, y que existe una actividad poco común en la mente de los hijos de este suelo privilegiado” (Gutiérrez, 1865: 473). El novedoso ramo del saber con cuyo cultivo López venía a demostrar la aptitud de la inteligencia vernácula era, nuevamente, la filología, entendiendo esta vez bajo ese nombre los estudios histórico-comparados de las lenguas indoeuropeas, tal como López demostraba haberlos estudiado sobre todo en los textos de Max Müller y Bournouf.¹⁹ Los trabajos de López, cuya publicación constituiría al mismo tiempo “un deber y una conveniencia” dejaban ver así cómo “la filosofía viene, pues, así como las tradiciones latentes de un presentimiento siempre vivo en la humanidad, a encontrar su satisfacción positiva y científica en la filología, suministrando al mismo tiempo explicaciones plausibles a muchos problemas oscuros” (ibid.: 472). La reminiscencia de Vico se volverá más clara aún cuando en las páginas siguientes López hable de las modernas ciencias del lenguaje como “ciencia nueva”. Luego, afirmando su primado (“La filología o filosofía de las lenguas, es hoy en Europa la ciencia por excelencia”) e insistiendo en el prestigio de los nombres más célebres entonces (Champollion, Humboldt, Niebuhr), ponderará la científicidad de su método de búsqueda de la certeza histórica: “empleada como método histórico, despeja los problemas a la manera de los ácidos con que los químicos reducen a elementos los trozos de piedras y los metales más reacios” (V. F. López, 1865: 8)

20. El ejemplo característico es en este caso el de las lenguas criollas (v. Ennis y Pfänder, 2010, 2013).

El material que V. F. López se veía obligado a separar con el ácido de la transcripción era el de la puesta por escrito de la lengua quechua durante siglos por parte de letrados pertenecientes a la Iglesia católica y el imperio español. Lamentando las confusiones traídas no sólo por la impericia de los misioneros, sino también por el hecho de que al ser esa escritura solo un medio de evangelización y dominación su técnica quedaba supeditada a fines ajenos al saber lingüístico y por tanto sujeta a innumerables confusiones, López explora el quechua desde la hipótesis de su parentesco con el sánscrito: así como la transliteración de la variedad oral de una lengua mayor hace aún más bárbara por contraste su expresión ante la variante escrita metropolitana,²⁰ López a la inversa “orientaliza” en la transcripción los nombres de la toponimia local para posarlos sobre un plano de consistencia con la literatura filológica indoeuropeísta de la época: por ejemplo, Famatina deviene *Phatma-tina* (529), entre muchos otros ejemplos.

La filología, ciencia nueva de este siglo, como la llama López, es un objeto de deseo, porque puede instituirse en clave para acceder a la posesión de un pasado, de una historia y una lengua propias. El intento de López –más allá de lo disparatado que pueda aparecer hoy a nuestros ojos– pone en escena nuevamente el deseo de la filología y su impronta política, por un lado, y su desfase en el espacio y el tiempo por el otro. En cuanto a lo primero, porque se presenta como un proyecto más (como los que ha examinado Pas, 2012) de apropiación y puesta en valor de un patrimonio americano originario para la construcción de una identidad criolla proyectada, como veremos, en el desarrollo de una forma específica de la lengua, que sin dejar de ser la española debía sin embargo volverse propia y distintiva.

Para colaborar con la empresa, y sobre todo con la confección de la versión francesa de sus trabajos, que sería publicada como libro en París en 1871, Vicente Fidel López contrata a un joven Gaston Maspero, a quien en ese momento las circunstancias políticas y económicas en París resultaban bastante desfavorables, y que pasa un tiempo colaborando y entablando amistad en Montevideo con López. De hecho, una anécdota notable en la historia de esta investigación reside en el ofrecimiento –finalmente trunco dadas las circunstancias políticas en Montevideo, cuya violencia narra el joven egiptólogo francés en sus cartas– por parte de López de establecer en Montevideo una cátedra de gramática comparada (la primera del continente) a cargo del joven egiptólogo (Cordier, 1920: 97).

Más allá de lo curioso de la anécdota, la empresa filológica de López merece atención de por sí, ya que vuelve a combinar la gestión de la tradición con la intervención sobre la escritura para, finalmente, responder a la pregunta por el origen y porvenir de la lengua americana. En la investigación de López el sentido de este nombre, “lengua americana” vuelve a resumir la perspectiva asentada por Bello en el comienzo de sus “Indicaciones” (junto a García del Río), y reforzada todo a lo largo de su obra: primero, la necesidad del cultivo de la lengua nacional (“el idioma que se habla en su país natal”) para el progreso de los pueblos: “Se forman las cabezas por las lenguas, dice el autor del *Emilio*, y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas”, establece el primer párrafo, y el segundo sentencia brevemente el futuro sociolingüístico de la región: “la lengua castellana es la que prevalece en los nuevos estados que se han formado de la desmembración de la monarquía española, y es indudable que poco a poco hará desaparecer todas las otras”. La “posesión gramatical” de la lengua española, aquella para la que no se encontraban “cinco personas entre ciento” que tras la independencia pudieran detenerla, es lo que debía facilitar la intervención sobre la ortografía (Bello, 1989 [1823]).

La de Vicente Fidel López es una intervención ortográfica, pero no sobre el español, sino sobre el quechua: la operación fundamental de su ensayo de “filología americana” consiste en re-transcribir el quechua para remontarlo al origen común con las lenguas indoeuropeas y proyectar sobre él el matiz de propiedad de un idioma por venir. Luego de extender los alcances de los dominios del Inca hasta las inmediaciones mismas de Buenos Aires, y de hacer de Cosquín el último Cuzco –análogo según sus deducciones de la Roma Antigua en su concepción e instituciones–, introduce la “lengua argentina” como residuo último y archivo vigente (en oposición a la imagen de “sepulcros vivientes” que ofrece para los descendientes contemporáneos de los incas) del quechua que, en sus investigaciones, le permitía llegar a Occidente por Oriente, saltándose a España:

Y no solo es la geografía argentina la que habla de la grandeza imperial de los Incas, sino que habla también de ello la lengua argentina misma con las contribuciones numerosísimas y bellas, con el acento dulcificado que el quichua ha incorporado, para darle una *fisonomía especial*, en el cuerpo mismo del habla española. El castellano en Sud-América, como el inglés en Norte-América, tomó un cierto tinte de ternura primitiva en el acento característico del tono simpático de los yaravís, que es un rasgo nuestro y precioso, que debemos conservar con tenacidad en la lengua argentina para consagrar con él el tipo de nuestro estilo y acabar de fundar así en todas sus facetas la estructura completa y propia de nuestra nacionalidad (López, 1869: 542-543).

En pocas ocasiones se nota de manera tan clara la peculiaridad del deseo de una filología nacional americana: la misma era precisa, de acuerdo con López, para fundar en un pasado mítico apropiado a partir de su transcripción y traducción a un patrimonio y linaje definitivamente nuevos, la forma inminente de la nacionalidad que da decididamente ya el gentilicio a la lengua: la filología está allí para trabajar por un futuro sólo posible si se adquiere un pasado prestigioso y lejano que heredar. En medio de polémicas más amplias e intensas sobre la lengua española y sus literaturas, Borges, en los años 20, transitará caminos similares.

El archivo y el futuro

El declive de la filología, puede pensarse, comienza con su apogeo. Cuando las ciencias del lenguaje se definen a partir de su desprendimiento de la filología (clásica), en la medida en la cual presentan una indagación del lenguaje por el lenguaje mismo,²¹ lo

21. Esto, en reacción con la dinámica hegeliana de la astucia de la razón, se ha desarrollado en detalle en trabajos anteriores (Ennis, 2014, 2015b, 2017).

hacen –como ha demostrado, entre otros, Joseph Errington (2008)– sin abandonar los dispositivos de producción del pasado que la filología aplicaba a un corpus textual, sino por el contrario haciendo de ese producto un objeto dado, natural, una lengua histórica. El corpus de esas lenguas se construyó extendiendo los alcances de la práctica y el *savoir faire* filológico a la recolección de los materiales de la literatura vernácula medieval y la oralidad popular que se suponía heredera de ellas, que posibilitaron la construcción del corpus que sustenta empíricamente el dispositivo de las lenguas nacionales –la coincidencia de dos incógnitas (qué es una lengua, qué es un pueblo) que Agamben (2017 [1996]: 72) expone en “Las lenguas y los pueblos” como base fundante del discurso político moderno. Como establece con claridad Altschul (2009: 221-22), las filologías nacionales no comienzan meramente con el estudio de los textos vernáculos de la Edad Media, sino con el proyecto que las integra en el dispositivo que articula lengua y nación. Las “imágenes filológicas del pasado” (Errington 2008) permiten dar cohesión y continuidad a las naciones que encabezan el decurso de la historia y naturalizar el orden colonial en el que las demás se les subordinan. El parentesco inocultable entre ambas prácticas a lo largo del siglo se evidencia en la asociación y confusión constante de sus nombres, en su identificación no sólo en los siempre remanentes rótulos institucionales, sino en las más fervorosas adopciones de su novedad. Esta confusión, hemos visto, resulta aún más notoria allí donde no preexiste una base institucional para instalar sus prácticas, sino que estas vienen justamente a disputar su mera posibilidad. La forma de una lengua se dirime así en nuestro corpus tanto en el presente y su proyección futura en la ortografía y la gramática como en la tradición que debiera sustentarla.

Lo que aquí se ha querido ofrecer es, en suma, un estado de la cuestión y una tentativa. Un estado de la cuestión que ofrezca un repaso al menos esquemático de la pregunta por la filología en el presente, y una tentativa de practicar su examen y su reactivación en la presentación de algunos adarnes de la historia filológica americana en el XIX. Como puede observarse, no es esta una historia fundada en la lógica temporal del desarrollo continuado de un principio, forma o sujeto que finalmente alcanza su madurez y plenitud al lograr imponer su necesidad como saber y disciplina en las sociedades en las que emerge, primero aisladamente, como un intento más de acoplarse al tren de la historia como progreso. Más allá de los rasgos característicos de este trabajo en particular, cualquier intento de perseguir el derrotero de la filología como saber, práctica, rótulo o deseo en América Latina se verá necesariamente confrontado con esta temporalidad y distribución irregular, con la precariedad de un archivo en la repetida y muchas veces inverosímil tentativa de establecer o importar su disciplina. El largo trayecto del Cid de Bello, desde la biblioteca de Londres a su publicación póstuma en Chile, desde su lucidez pionera y precursora al punto de suponer una anomalía criolla y hasta una herida narcisista para la tardía pero sólida filología nacional española,²² tiene mucho de sintomático y ejemplar en este sentido, tanto por su excepcionalidad como por sus dilaciones, frustraciones e imposibilidades.

22. Ver a este respecto los trabajos de Altschul (2009, 2012) y Ennis (2014).

De este modo, una de las respuestas posibles a la pregunta por el futuro de la filología probablemente esté en la indagación de su pasado, y sobre todo del modo de lidiar con su producción, y el deseo que despierta incluso en nuestra remota periferia. Si la idea de progreso que impulsa el tren de la modernidad y lo orienta decididamente hacia un futuro promisorio se permite proporcionar a una disciplina tan discreta como la filología ese lugar de privilegio que ocupó en el mundo académico del siglo XIX, es porque la filología (y la lingüística que se desprende de ella) le proporciona la solidez científicamente probada de un sujeto y un derrotero históricos. Las ciencias del lenguaje se afirmarán así sobre su privilegiado acceso a una gran cantidad de documentos que testimonian las formas pasadas de su objeto –entre los que cuenta el exotismo de las lenguas menos desarrolladas en la escala tipológico-evolutiva, el otro como archivo filogenético de lo mismo–, que al revelar su lógica evolutiva le permiten incluso otorgar

valor predictivo a sus enunciados. Así Jacob Grimm podía aseverar que el inglés, que ya entonces merecía “con todo derecho ser llamada una lengua mundial”, parecía, “al igual que el pueblo inglés, destinada en el futuro a regir en una medida aún mayor en todos los confines de la tierra” (Grimm, 2015 [1851]: 116). Es también con el afán de encontrar el lugar de las nuevas naciones americanas en ese esquema que se producen los distintos ensayos o usos vernáculos de la filología en el siglo XIX.

Esa concepción del tiempo homogéneo y vacío en el que se desenvolvía la historia, con un *Geist* que, desplazándose hacia Occidente, iba haciendo que todo el globo llegara a ser mundo, encuentra en el pensamiento de Walter Benjamin uno de sus cuestionamientos más sólidos, radicales y difundidos. Justamente un texto que ilustra los avatares posibles del archivo y las formas políticas de la filología como las *Tesis sobre el concepto de la historia*, es el que más decidida y programáticamente interviene en las políticas de la historia a partir de una noción de *Konstruktion* y continuidad para cuyo desmantelamiento Benjamin contaba también con la filología —esto es, con la misma herramienta que la había hecho posible.²³ Hannah Arendt supo indicar un punto decisivo en el modo de intervención propuesto por Benjamin en el reemplazo de la *Tradierbarkeit* del pasado por su citabilidad [*Zitierbarkeit*].²⁴ *Tradierbarkeit* puede traducirse aquí como “transmisibilidad”, pero no sin dejar de observar que esa transmisibilidad es también comerciabilidad: *tradieren*, expresión culta proveniente del latín *tradere*, no deja de hacer visible su familiaridad con el inglés *trade*, la forma más acabada de la transmisibilidad es el sistema de equivalencias de la mercancía. La historia americana que aquí intentamos bosquejar apunta justamente a los distintos intentos de apropiación de un pasado, de construcción de la tradición, a partir de la integración en un plano común de la comunicación y el intercambio, el comercio de ideas, por tomar una expresión de la época, que las distintas formas de la filología como ciencia nueva de lo antiguo hacían posible. De lo que se trata en todos los casos es de producir el archivo que sustente esa tradición y la vuelva al mismo tiempo genuina, legítima y propia.

La filología se piensa así entonces como una herramienta epistemológica destinada a la producción y eficiente gestión de la lengua y la cultura como base para la delimitación y conformación de un sujeto político colectivo arraigado en el pasado y proyectado hacia el futuro. Quizás por razones de esta índole es que Giorgio Agamben consideraba ya a mediados de los setenta que toda “educación literaria” debía tener como condición preliminar “un conocimiento de la esencia y de la historia de la filología”, puesto que “nuestra cultura” (podemos suponer, la europea, la occidental) carecería de “categorías específicas para la transmisión y la exégesis espiritual”, y por ello habría encomendado a la filología la tarea de “garantizar el carácter genuino y la continuidad de la tradición cultural” (Agamben, 2001: 203). Este *desideratum* parece haber encontrado respuesta ya ingresando al siglo XXI, cuando se asiste a una proliferación de enfoques teóricos que, poniendo en foco el retroceso de los estudios filológicos en el ámbito académico, proponen una mirada renovada sobre el archivo y potencialidades de sus prácticas. Ejemplares en este sentido son las intervenciones de Michelle Warren (2003), Edward Said (2004), Hans-Ulrich Gumbrecht (2007), o Werner Hamacher (2011). En América Latina, la línea de reflexión propuesta tanto por Hamacher como por Didi-Huberman (2006) encuentra un punto de diálogo productivo y original en la “archifilología” de Raúl Antelo (2013, 2015a y b, entre otros), en la reflexión posfilológica de Link (2015), y en el modo en que la misma se articula a través de su recepción dentro de paradigmas y prácticas como las de la crítica genética, a la que Lois (2005) postula como un “avatar de la filología”. Probablemente la crisis de esos mismos paradigmas y subdivisiones que trajeron consigo un relegamiento de la filología, junto a la revolución en cuanto a los medios de registro y comunicación, hicieron posible este retorno de la filología, no ya como recomienzo nostálgico de un proyecto injustamente abandonado, sino de otro modo, más cercano al llamamiento de Agamben, como trazado de nuevos mapas del pasado, ya no

23. Nos hemos ocupado en un examen más detenido de estas cuestiones en otro trabajo (Ennis y Cuartas, en prensa).

24. “En la medida en la cual el pasado es transmitido [*überliefert*] como tradición, tiene autoridad; en la medida en la cual la autoridad se representa históricamente, deviene tradición. Walter Benjamin sabía que el quiebre de la tradición y la pérdida de autoridad eran irreparables, y extrajo de allí la conclusión de buscar nuevos caminos para lidiar con el pasado. En este lidiar se convirtió en un maestro, al descubrir que en el lugar de la transmisibilidad [*Tradierbarkeit*] del pasado había ingresado su citabilidad, en el lugar de su autoridad la fuerza fantasmagórica de asentarse por partes en el presente y arrabatarle la falsa paz de la autocomplacencia irreflexiva” (Arendt, 2006 [1968/71]: 85).

25. Daniel Link describe este movimiento certeramente en términos de un *delenda est philologia*: “La filología se sobrevive a sí misma en la medida en que se destruye como ciencia positiva y en la medida en que se desembaraza de una concepción (historicista) del tiempo homogéneo y lineal. La filología que había sido vista (por su afán de descomposición) como la destrucción de su objeto debe ser destruida” (Link, 2015: 38-39).

definidos por la angustia del origen, sino fundados en la certeza de su ausencia.²⁵ La filología que Benjamin oponía a la “buena teoría” adorniana, aquella que funda el impulso destructivo de la intervención que las *Tesis* proponen sobre el *continuum* de la historia, vuelve a formularse en el siglo XXI sobre nuevas premisas.

La pregunta por el futuro de la filología arroja como respuesta, así, a primera vista, al menos dos diagnósticos contradictorios: por una parte, parecerían abundar indicios sólidos de su pronta desaparición en un medio académico y social en el que no puede figurar más que como una venerable antigualla (nada menos sexy, decía Said, desaparecida del diccionario, citaba Warren, en el fondo último de la cadena del ser académico, diagnóstica Pollock); por la otra, las mismas circunstancias que parecerían hacer posible el vaticinio de su pronta extinción definitiva –fin de las condiciones políticas globales que vieron florecer las filologías nacionales, revolución tecnológica, etc.– conducen también a muchos a tomar en serio el retorno de la filología que el propio Paul de Man (1986) parecería haber formulado más o menos irónicamente en su momento. Si históricamente podemos observar los hitos de la filología en sentido amplio vinculados a la conjunción de cambios sociales y tecnológicos relacionados con las formas de archivación, con la escritura y la imprenta, el Renacimiento, la Reforma y la Revolución Francesa, por ejemplo, la radicalidad de los cambios políticos y tecnológicos del presente, que han hecho posible un verdadero giro archivístico, se ofrecen una vez más como ocasión de una crisis, y también –para no desdeñar el lugar común– como la de nuevas posibilidades: no podemos pensar las formas de archivo y lectura, de circulación y transmisión en la cultura del mismo modo para épocas radicalmente diversas, y la nuestra se va convirtiendo en una. Sin embargo, tampoco podemos desprenderla de la historia y de las instancias que les otorgan su legibilidad.

Una primera hipótesis hacia el futuro podría conjeturar que estas nociones de pos-filologías, archi-filologías, retornos de la filología renuevan la mirada de la crítica, amplían y complejizan su objeto, desplazan el centro de su enunciación, hacen temblar antiguas creencias: lengua, literatura, cultura –y la enumeración sigue–. Y al mismo tiempo nos permiten entender mejor (y en algunos casos con mayor indulgencia) el pasado de estas prácticas, renovando la mirada crítica sobre las nuestras. Agamben dice que todo nuestro sistema político se asienta en el dispositivo eminentemente filológico, que suelda las lenguas y los pueblos. Foucault, que fue el modo mismo de ser del lenguaje el que se vio modificado con la filología histórico-comparativa, la lingüística desprendiéndose y acoplándose a las filologías nacionales. Algo sucede ahora con el lenguaje, sus tecnologías y la sociedad que aún distamos de poder comprender cabalmente. El hecho de que pensemos las propias prácticas de las que somos deudores, que las leamos críticamente, cambiando su tiempo, violentándolo, observando e interviniendo en su arquitectura, los vericuetos de la construcción de la que son objeto, bien puede ser el primer paso necesario para pensar en un futuro para ellas. La propuesta de una *Historia política de la lengua*, tal como ha sido lanzada en el volumen editado por José del Valle (2013, 2016), una historia de la lengua que no invalida las otras formas, sino que las introduce tanto entre sus antecedentes como en la composición de su objeto, una historia de la lengua que no precisa hacer mención de una sola secuencia de fonemas en evolución, sino que hace de las intervenciones sobre la lengua en la historia su objeto privilegiado, tan rizomática como le resulta posible (Del Valle, 2016), parece señalar un camino posible en ese sentido. La archifilología latinoamericana propuesta por Raúl Antelo, otro, en la medida en la cual en ella se propone la combinación del “trabajo esclarecedor” de la crítica con “el mito de la *arché*”, diferenciados en cuanto la primera toma por objeto el canon y la segunda, nuevamente, el archivo. Así, en esta práctica, la recuperación para nuevos usos de aquello que ha perdido su funcionalidad inmediata y es releído en nuevos contextos cobra consecuencias tanto estéticas como políticas de grandes dimensiones (Antelo, 2015b: 114).

Nuestro archivo, aquí, en América Latina, suele mostrarse particularmente propicio a este ejercicio, sencillamente porque nuestra modernidad desencontrada no hace tan sencillo el sosegado *continuum* de la historia. El archivo de la filología americana en el siglo XIX da una buena muestra de la complejidad de estas temporalidades, y de cómo explorando el pasado de nuestras prácticas podemos quizás comenzar a pensar en la plausibilidad de un futuro.

Bibliografía

- » Agamben, G. (2001). *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- » Agamben, G. (2017 [1996]). “Las lenguas y los pueblos”. En: *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 69-76.
- » Altschul, N. (2009). “Andrés Bello and the *Poem of the Cid*. Latin America, Occidentalism, and the foundations of Spain’s ‘National Philology’”, *Medievalisms in the Postcolonial World*. Altschul and Davis (eds.). Baltimore: Johns Hopkins UP, 217-236.
- » Altschul, N. (2012). *Geographies of Philological Knowledge. Postcoloniality and the Transatlantic National Epic*, Chicago y Londres: Chicago University Press.
- » Antelo, R. (2008). *Crítica acéfala*, Buenos Aires: Grumo.
- » Antelo, R. (2013). “Por una archifilología latinoamericana”, *Cuadernos de Literatura* XVII, 33, 253-281.
- » Antelo, R. (2015a). *Archifilologías latinoamericanas. Lecturas tras el agotamiento*, Villa María: EdUViM.
- » Antelo R. (2015b). “A cena arquifilológica”, Andrade, A., E. Palmero González, L. Almeida de Freitas, S. Cárcamo (orgs.). *Caminhos do hispanismo: Vozes críticas, tendências teóricas*, Río de Janeiro: Viveiro de Castro Editora, 98-115.
- » Arciniegas, G. (1946). *El pensamiento vivo de Andrés Bello*, Buenos Aires: Losada.
- » Arendt, H. (2006 [1968/71]). “Walter Benjamin”, en Schöttker, Detlev & Erdmut Wizisla (eds.). *Arendt und Benjamin. Texte, Briefe, Dokumente*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 45-97.
- » Arona, J. de. (1870). “Filolojia”, *La estrella de Chile* 160 (23 de octubre de 1870), 38-41; 161 (30 de octubre de 1870), 54-60.
- » Avilés, T. (2016). “Para el establecimiento de una genealogía de los manuscritos: el caso de los *Cuadernos de Londres* de Andrés Bello”, *Anales de Literatura Chilena*, 17, 25.
- » Bello, A. (1881). *Obra Completa*, vol. 2: *El poema del Cid*, Santiago, Imprenta de Pedro G. Ramírez.
- » Bello, A. (1985 [1823]). “Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América”, *Obra Literaria*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 415-459.
- » Bello, A. (2017). *Cuadernos de Londres*, ed. de Iván Jakšić y Tania Avilés, Santiago: Editorial Universitaria.
- » Benfey, Th. (1869). *Geschichte der Sprachwissenschaft und orientalischen Philologie in Deutschland seit dem Anfange des 19. Jahrhunderts mit einem Rückblick auf die früheren Zeiten*, Múnich: Cotta.
- » Benjamin, W. (1991). *Gesammelte Schriften*, tomo I, Fráncfort: Suhrkamp.
- » Berlin, I. (2013). “Vico and Herder”, *Three Critics of the Enlightenment. Vico, Hamann, Herder*, Princeton y Oxford: Princeton University Press, 1-300.
- » Cordier, H. (1920). “Maspero en Amérique”, *Journal de la Société des Américanistes* 12, 91-113.

- » Caro, M. A. (1870). “La confusión de lenguas”, *La estrella de Chile* 161 (30 de octubre de 1870), 60-62.
- » Caro, M. A. (1962 [1874]). “Fundación de la Academia Colombiana”, *Obras*, t. III, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- » Del Valle, J. (ed.). (2013). *A Political History of Spanish. The Making of a Language*, Cambridge et al.: Cambridge University Press.
- » Del Valle, J. (2016). “Prefacio a la edición en español”, *Historia política del español. La creación de una lengua*, Madrid: Aluvión, xv-xviii.
- » Didi-Huberman, G. (2006). *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- » Eco, U. (1997). *Arte y belleza en la estética medieval*, Madrid: Lumen.
- » Ennis, J. (2013). “Miguel Antonio Caro, la lengua y la ley”, *RASAL* 2012, 27-39.
- » Ennis, J. (2014a). “August Schleicher: los dos cuerpos de la lengua”, *Revista Argentina de Historiografía Lingüística* VI, 107-121.
- » Ennis, J. (2014b). “Del retorno a un nuevo origen: filología, archivo y nación en el Cid de Andrés Bello”, Gelz, Andreas y Marco-Thomas Boshard (eds.). *Migration in der Literatur- und Kulturgeschichte der Romania*, Friburgo: Rombach, 143-169.
- » Ennis, J. (2015a). “El origen de la lengua y los comienzos de la lingüística: una pregunta del siglo”, en Grimm, Jacob. *Sobre el origen de la lengua*, Caseros: EdUNTref, 9-65.
- » Ennis, J. (2015b). “La propiedad y la lengua en la emergencia de los estados hispanoamericanos. Notas sobre Andrés Bello”, *Romanistisches Jahrbuch* 66, 227-255.
- » Ennis, J. (2016). “R. Lenz: economías de la lengua y políticas de la lingüística”, *Boletín de Filología* 51, 117-145.
- » Ennis, J. (2017). “La materia prima de las lenguas modernas, o el oriente más próximo de la filología”, *Estudios de lingüística galega* 9, 49-64.
- » Ennis, J. (2018). “Las novedosas ciencias del lenguaje y la política de sus usos: Vicente Fidel López en la *Revista de Buenos Aires* (1863-1869)”, *Boletín de la Sociedad Española de Historia de la Lingüística*, en prensa.
- » Ennis, J. y S. Pfänder. (2010). “Zur fragwürdigen Legitimation des Laboratoriums Kreol(istik)”, Ludwig, R. y D. Röseberg (eds.). *Tout-Monde: Interkulturalität, Hybridisierung, Kreolisierung. Kommunikations- und gesellschaftstheoretische Modelle zwischen “alten” und “neuen” Räumen*. Fráncfort et al., Peter Lang, 257-282.
- » Ennis, J. y S. Pfänder. (2013). *Lo criollo en cuestión. Filología e historia*, Buenos Aires: Katatay.
- » Ennis, J. y Cuartas, J. P. (2018). “Walter Benjamin ante las posfilologías”, *Escritural. Écritures d’Amérique Latine* 11, en prensa.
- » Errington, Joseph. (2008). *Linguistics in a Colonial World*, Londres y Nueva York: Blackwell.
- » Foucault, M. (2005 [1966]). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- » González Stephan, B. (1995). “Las disciplinas escriturarias de la patria: constituciones, gramáticas y manuales”, *Estudios: Revista de investigaciones literarias* 5, 19-46.

- » Gumbrecht, H.-U. (2007). *Los poderes de la filología*, México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.
- » Gumbrecht, H.-U. (2017). “Epílogo. *Bildung*: la formación humanística de Andrés Bello”, A. Bello. *Cuadernos de Londres*, op. cit., 865-868.
- » Gutiérrez, J. M. (1865). “Estudios filológicos y etnológicos sobre los pueblos que ocupaban el Perú al tiempo de la conquista”, *Revista de Buenos Aires* III, 28, 470-482.
- » Gutiérrez, J. M. (1923 [1875]). “Virgilio en América”, Virgilio, *Eneida*, trad. de M. A. Caro, Madrid: Librería de Perlado, Páez y cía., Herederos de Hernando.
- » Hamacher, W. (2011). *Para – la filología*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- » Hamacher, W. (2012). *Lingua amissa*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- » Henríquez Ureña, P. (1954). *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México: Fondo de Cultura Económica.
- » Henríquez Ureña, P. (1989). *La utopía de América*, Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- » Huisa Téllez, J. C. (2013). “La impronta política en la primera lexicografía hispanoamericana: republicanismo y antirrepublicanismo”, *Lexis* 37, 2, 269-303.
- » Huisa Téllez, J. C. (ed.). 2015. *Estudios lexicográficos sobre Juan de Arona*. Lima: Academia Peruana de la Lengua.
- » Jakšić, I. (2010 [2001]). *Andrés Bello: La pasión por el orden*, Santiago: Editorial Universitaria.
- » Jakšić, I. (2015). “Los Cuadernos de Londres de Andrés Bello”, *Boletín de Filología*, L, 2
- » Jakšić, I. Y T. Avilés. (2017). “Prólogo: Los Cuadernos de Londres de Andrés Bello”, A. Bello. *Cuadernos de Londres*, op. cit., 13-23.
- » Link, D. (2015). *Suturas*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- » Lois, É. (2005). “De la filología a la genética textual. Historia de los conceptos y las prácticas”, en F. Colla (coord.). *Archivos. Cómo editar la literatura latinoamericana del siglo XX*, París: CRLA-Archivos, 47-83.
- » López, V. F. (1865). “Estudios filológicos y etnológicos sobre los pueblos y los idiomas que habitaban en el Perú al tiempo de la conquista”, *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, literatura y derecho* III, 29, 5-13; III, 30, 183-196; III, 31, 267-289; III, 32, 437-459; III, 33, 23-36.
- » López, V. F. (1869). “Geografía histórica del territorio argentino”, *La Revista de Buenos Aires* VII, 79, 515-544.
- » de Man, P. (1986). “The return to philology”, *The Resistance to Theory*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 21-26.
- » Marramao, G. (1998). *Cielo y tierra. Genealogía de la secularización*, Barcelona, Paidós.
- » Pas, H. (2012b). “¿Ecos de Lautaro? Las lenguas indígenas como patrimonio cultural del nacionalismo criollo en el siglo XIX”, *Anclajes* XVI, 2, 73-92.
- » Pérez, F. J. (2016). “Bello y el comparatismo lingüístico”, *Estudios sobre nuevos temas de lingüística bellista*, Valencia: Aduana Vieja, 54-72.
- » Pollock, S. (2015). “Introduction”, en Pollock, Sheldon, Benjamin A. Elman y Kuming Kevin Chang (eds.). *World Philology*, Cambridge, Mass. y Londres: Harvard University Press, 1-24.

- » Rossi, Carla. (2005). *Il manoscritto perduto del Voyage de Charlemagne: il Codice Royal 16 E VIII della British Library*, Salerno: Salerno Editrice.
- » Said, E. (2004). "The return to philology", *Humanism and Democratic Criticism*, Nueva York: Columbia University Press, 57-84.
- » Schöttker, D. y E. Wizisla (2006) *Arendt und Benjamin. Texte, Briefe, Dokumente*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- » Velleman, B. (2014). "Bello y las 'escrituras disciplinarias': diccionarios, gramáticas, ortografías", *Boletín de Filología* XLIX, 179-192.
- » Vico, G. (1976 [1725/1744]). *Principi di scienza nuova, d'intorno alla comune natura delle nazioni*, Turín: Einaudi.
- » Warren, M. (2003). "Post-Philology", P. C. Ingham y M. Warren (eds.). *Postcolonial Moves. Medieval through Modern*, Nueva York: Palgrave MacMillan, 19-45.

